



El mes del viento

Laura Arévalo

Ilustraciones de Ronald Díaz


loqueleo
SANTILLANA

Índice

Capítulo 1 El mes del viento	7
Capítulo 2 Estrellas y dragones	11
Capítulo 3 Misho	21
Capítulo 4 Los cantos	25
Capítulo 5 Los hombres sospechosos	31
Capítulo 6 Basura por todas partes	39
Capítulo 7 El planeta Luz	43
Capítulo 8 Territorio	51
Capítulo 9 El ejército de Misho	57
Capítulo 10 <i>El canto de la paz</i>	65
Capítulo 11 La despedida	71
Capítulo 12 El concierto	79

Capítulo 1

El mes del viento

Aunque no lo crean, Damián bajó de una estrella. Todo pasó en noviembre, cuando aparecen muchas en el cielo: Sil asegura que están vivas. Ella era mi mejor amiga y siempre hacíamos todo juntas, pero aquel noviembre fue distinto. Acababan de finalizar las clases, y nosotras iríamos de nuevo a la academia de música Solfa.

Mi mes favorito no es ninguno caluroso. Siempre he dicho que prefiero el frío, como cuando me como rápidamente un helado de fresa y mora: muuuy frío. El helado de fresa no es rojo, sino rosado. Me gusta el color rosado, pero a nadie se lo

digo. Bueno, casi a nadie. Como ya sospecharán, mi mes favorito es noviembre. Además, en esta época se vuelan barriletes gigantes y pequeños. A Sil y a mí nos gustan de todos los tamaños.

Me llamo Casandra. Papá me ha contado que mi nombre es de origen griego, que así se llamaba una princesa mitológica que tenía el don de la predicción. Yo no sabía qué significaba la palabra *predicción*, pero Sil, quien es más alta que yo, siempre llevaba consigo un pequeño diccionario llavero. Alguna vez le pregunté el significado de *predicción*. Sil buscó en su diccionario y me dijo que se trataba de la habilidad de anticipar el futuro, de ver lo que está por suceder.

Misho es mi gato. Es distraído y molestón. Por la noche siempre quiere salir a encontrarse con la Luna. Eso lo sé porque durante el día solo duerme. Para entretenerlo le doy una bola de lana verde. Ese es su color favorito. Vivo únicamente con mi

papá, Felipe, en una casa antigua en el centro de la ciudad. Cuando el viento pasa por las ventanas, los edificios cantan. Sus sonidos parecen cantos.

Nuestra ciudad es mágica, pero nunca imaginé que un día un niño bajaría de una estrella. Parece mentira, pero eso fue lo que sucedió. Y ocurrió en noviembre.

Capítulo 2

Estrellas y dragones

A Ina le gusta mucho la música. Ina es mi gata. La verdad, creo que compartimos gustos. En noviembre toco piano en la academia. Mi maestra se llama Rebeca. Ella luce unas grandes gafas sin las cuales creo que no podría ver casi nada. Son muy bonitas sus gafas. A veces me pregunto si yo también tendré que usar unas cuando sea grande.

Una mañana, Sil y yo nos pusimos a formular teorías sobre por qué Rebeca usaba gafas. A Sil se le ocurrió que era porque pasaba mucho tiempo mirando la computadora y su celular. A mí se me ocurrió que a lo mejor había salido mucho por las

noches y había forzado la vista. Mi papá me ha dicho que no hay que forzar la vista.

El primer día de academia de este año estaba pensando en mis teorías cuando mi padre vino a buscarme.

—¡Cata! ¡Apúrate! —me llamó a gritos.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —le respondí también gritando.

—Debes traer solo lo necesario. ¿Qué llevas allí?

—Una brújula. Es mi brújula.

—Bueno. Apúrate, que llevamos prisa.

Subí apresurada al auto viejo, que parece oruga y a veces saca chispas del motor. Me gusta la velocidad, aunque Mía dice que es una imprudencia cuando papá maneja rápido, como esos pilotos de las carreras de la tele.

Como ya dije, recibo clases de piano en una academia llamada Solfa. La academia es muy

bonita, pero también muy exigente. Cuando mi papá me inscribió, me hicieron una prueba de admisión. Todos parecían muy serios y me pusieron nerviosa.

¡Uy! Por un momento pensé que íbamos a atropellar a don Meme, el señor que vende verduras a domicilio —o sea, un vendedor ambulante—, ya que él se atravesó enfrente del auto y mi papá tuvo que disminuir bruscamente la velocidad. Por eso llegamos un poco tarde. Además, al frenar, el auto agitó mi cabeza.

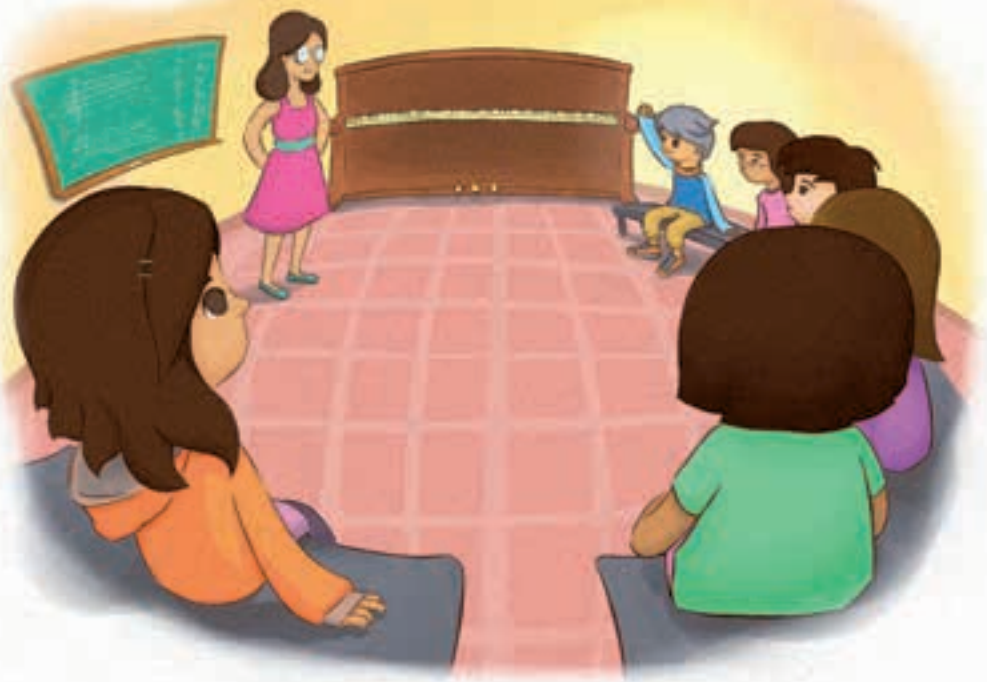
Sil no toca el piano. Toca el violín y está en otra aula. La otra vez me contó que escuchó a *miss* Rebeca —aunque yo le digo solo Rebeca— hablar de la disciplina que se requiere para tocar bien el piano. Yo dudo que Rubén, mi compañero de clase, toque bien. Cuando llegué este noviembre, el salón estaba lleno. Noté que había más alumnos que el noviembre anterior.

—Bueno, niños y niñas. Comienza el nuevo ciclo de lecciones de piano. Como algunos de ustedes ya saben, soy *miss* Rebeca. Veo algunos rostros nuevos, así que les voy a pedir a todos y todas que se presenten —dijo apuntándonos con sus grandes ojos.

Nadie se animaba a hacerlo. A mí, por ejemplo, no me gusta presentarme y que todos me miren. ¡Qué horror! Pero entonces alguien se puso de pie. Eso no era común. A nadie le gusta ser el primero. O al menos eso creía yo.

—Me llamo Damián. Vengo de la zona norte de la ciudad. Llevo más de seis meses tocando piano —dijo con una voz rara. A mí me pareció presumido.

No pude evitar sentir asombro ante la combinación de su ropa. No había visto a un niño vestido así jamás. Hasta su lapicero tenía iniciales. El color dorado de las letras «C. A.» me dio curiosidad.



Después, una niña de cabello largo y negro pronunció su nombre desde su asiento. Solo se alcanzó a oír que, en un susurro áspero, decía: «Luu-u-cíííia. Me llamo Lucía». Así fueron presentándose todos hasta que solo quedé yo.

—¿Y tú? —me preguntó Rebeca con insistencia.

—Cas-casandra —dije interrumpidamente, y alcancé a escuchar algunas risitas burlonas. No

pude evitar sonrojarme. También me sentí un poco molesta, pero se me quitó rápido y volví a estar tranquila.

La clase transcurrió de forma un tanto confusa. No era común que yo no me concentrara. Las lecciones de piano me gustaban mucho y había estado muy atenta a lo que decía Rebeca siempre, pero esta vez fue diferente. Como pocas veces, sentí rara la clase.

Cuando ya nos íbamos, Damián se acercó y me sugirió que estuviera más atenta la próxima vez. Sus palabras tenían un tono divertido. Yo le respondí con una sonrisa fingida. Afuera me encontré con Sil.

—¿Cómo te fue en clase, Cata? —me preguntó.

—Me fue bien, aunque me ha ido mejor —le respondí.

—Oye, ayer mi mamá me contó que existen estrellas enanas y grandes.

—¿En serio? ¿Y cómo es eso, si por las noches son pequeñas y ya?

—No, me dijo que hoy se verán algunas grandes más hacia el norte. Saca tu brújula y veamos por dónde es eso.

—Por donde vive Damián —dije sin pensar.

—¿Quién es Damián? —preguntó Sil, extrañada.

—Pues nadie —dije sonriendo.

Nos fuimos a mi casa.

Sil se quedó por poco tiempo. Siempre pienso que podría quedarse más tiempo: ella vive del otro lado de la calle.

Mía llevaba una gran canasta de ropa y decidimos ayudarla. Ella se encarga de algunos de los quehaceres en la casa. Digo algunos porque yo también me encargo de ciertas tareas. Cuando Sil se marchó, fingí que me iba a bañar, pero al final no lo hice porque no me gusta. Sin

embargo, Mía me descubrió y tuve que hacerlo de verdad.

El agua estaba más fría que de costumbre. Me gusta más el agua fría que el agua caliente. Mi papá dice que el agua caliente sirve para limpiar los poros. Yo le digo que no me importa, que me gusta más el agua fría. Pero la verdad es que ni con agua fría me gusta bañarme.

Después del baño me puse a trabajar. Tenía que hacer algo más tarde con Sil, y era mejor que iniciara los preparativos. Se me había ocurrido algo y sabía que Sil estaría de acuerdo.

—Mía, ¿sabes dónde está el costurero?
—pregunté.

—Creo que dentro del ropero de tu papá
—me contestó ella.

—Ya busqué allí y no está.

—¿En serio? Ya te ayudaré a buscarlo. Solo déjame terminar esto.

Tal y como prometió, después de unos minutos se apareció para ayudarme a buscar el costurero. Pasamos más de media hora buscando, pero al final lo encontramos.

Ino, otro de mis gatos, llevaba bastante rato intentando llamar mi atención, pero yo nunca lo miré. Se había portado mal esos días. A veces, a los gatos hay que ponerles un límite. Ino tenía que aprender su lección.

Por la noche vino Sil. Estuvimos observando las nubes de frío que bailaban a lo lejos. Entonces decidimos llevar un registro de las posiciones de las estrellas en el cielo por las noches, ya que creímos que sería fantástico anotarlos. Sil no es muy buena dibujando, pero no importa: ahora que sabemos qué tipos de estrellas hay, solo dibujaremos enanas y grandes.

Hicimos dos diarios: uno para ella y otro para mí. Yo preparé el material antes de que ella



viniera. Forramos los cuadernos con retazos de seda roja que encontramos en el costurero y les anotamos títulos. Al mío le pusimos de título *Estrellas*; y al de Sil, *Dragones*.

Más tarde, ella regresó a su casa. Creo que todavía vi cuando encendió la luz de su habitación. No recuerdo bien a qué hora me dormí. En vacaciones, mi papá no me pide que me duerma temprano.